

# Las campanas y su ancestral lenguaje

Por: ANTONIO VALLEJO CISNEROS

En las últimas semanas, aquí en Miguelturra, viene siendo un tanto habitual oír hablar de campanas. Expresiones como «Se va a reparar la torre de la iglesia y también su campanario...Las campanas se desmontan y se envían a reparar...Las campanas ya reparadas, se reinstalarán en el campanario», las hemos podido escuchar a unos y otros, y también las hemos leído en la prensa local. Parece claro que, las campanas están de actualidad en nuestro entorno.

Quizá algunos, sobre todo de entre los más jóvenes, puedan solo ver en la campana un mero elemento decorativo de las torres de los templos o quizá un sonador que sirve para llamar a los cristianos a misa, y ambas cosas son verdad, aunque todo lo concerniente a este instrumento y su peculiar lenguaje es algo más complejo y profundo, que forma parte de nuestra cultura más ancestral.

Como instrumento musical que es, la campana se encuadra entre los de la familia de la percusión. No obstante, ahora nos vamos a referir aquí únicamente a aquellas campanas, conocidas como de iglesia, torre o campanario. Las campanas están hechas en bronce, con forma de copa invertida, y producen sonido cuando, suspendidas, se percute en el lateral mediante un badajo que cuelga de la bóveda de la copa, o bien desde el exterior mediante un martillo apropiado. Las campanas que cuelgan en torres-campanario se las hace sonar de diferentes maneras: percutiendo con el badajo (o accionándolo mediante una cuerda colgante), por vandeo, o sea moviendo la campana en «vaiven», sin que de la vuelta, y por supuesto volteándolas a mano desde el campanario (aunque en la actualidad se hagan mover mediante energía eléctrica). En cada uno de los casos, las cualidades del sonido que emite son diferentes, como distinta es la sensación que percibe el escuchante.

Lo que realmente da valor a una campana no es su tamaño, el peso o su forma, ni tampoco el diseño de su meleno o yugo, lo interesante de este instrumento es su buena sonoridad, su timbre, la claridad y afinación de su voz, y ello se debe fundamentalmente a la adecuada proporción de los metales que entran en su fundición (generalmente en torno al 78-80% de cobre, 14-16% de estaño y pequeños porcentajes de zinc, plomo, níquel...), pero también influye en el sonido su manera de construirla (todo ello secreto bien guardado desde el medioevo por sus hacedores, los maestros campaneros); independientemente de lo anterior, a una campana le añade valor su antigüedad e interés histórico, así como la riqueza de sus inscripciones y decorado general (por la parte exterior de estos instrumentos casi siempre aparecen cenefas con dibujos y trazos en relieve, cruces, el rostro de Jesús o María... así como diferentes tipos de frases e invocaciones en latín, como «TE DEUM

LAUDAMUS», «AVE MARIA», «DEUS HOMO FACTUS EST»... y referencias al constructor, al año de su fundición o al párroco).

Los antecedentes históricos de este instrumento habría que buscarlos en Mesopotamia, en el antiguo Egipto y otros diferentes lugares de Asia, como el Tibet o los actuales territorios de China o Japón y, posteriormente, en el pueblo persa y griego. Hay constancia, después, de cómo los romanos, las utilizaron también para anunciar a la comunidad asuntos tales como la «hora del baño», el paso del cortejo con el reo camino del suplicio, la proximidad de un eclipse... Ejemplares más pequeños que los que ahora vemos en las torres, se usaron en comunidades monásticas, desde el siglo VI, en sustitución a otros instrumentos de convocatoria a los fieles, como eran las tabletas de madera, entrechocadas. La vida conventual, mediante la campana, recordaba al cristiano sus deberes a la vez que le invitaba a la oración en distintos momentos del día. Así, el primer «toque de horas» en los monasterios era el de «maitines», que a veces se simultaneaba con el de «laudes», y se hacían escuchar antes del alba para de esta forma anunciar el nuevo día; seguidamente, al rayar el día, se sentía el toque de «primas» y, horas más tarde los de «tercias», «sexta», «nonas» y, como conclusión al día, el de «completas», aunque, como todos estos toques guardaban una cierta relación con la luz solar, dependiendo de cada estación del año, podían variar.

Al ir aumentando el tamaño de las campanas, se hizo necesario construir campanarios en las torres, y de este modo hacer que sus mensajes sonoros pudiesen llegar muchos más lejos y a más gente. Al comienzo del siglo VII, la jerarquía eclesiástica ordenó que en todas las iglesias fueran colocados este tipo de instrumentos, y que su voz se escuchara en las misas solemnes.

Fuera de la vida conventual, y antes de que los relojes subiesen a las torres y marcaran las horas, la vida en los pueblos también estuvo ordenada por las campanas. Así, antes incluso del amanecer, la campana emitía también el toque de alba, avisando del nuevo día, y despertaba a los labradores invitándoles a la oración. Más tarde, al mediodía, la campana volvía a tañer, era la hora del «ángelus», y su sonido invitaba a la oración, y señalaba la hora de la comida. Horas después, al anochecer, el tañido del bronce emitía el toque llamado «de oración», marcando también el cese de las labores y la invitación a que la gente se recogiera en sus casas. En definitiva, el sol, el astro rey, era el que regía el horario de los trabajos, la oración y el tiempo de la comida y siesta,

y todo ello se anunciaba, como hemos citado, por la campana, con su sonoridad mezcla de un cierto matiz esotérico, mágico y, en todo caso espiritual.

Pero también las campanas transmitían otros mensajes de interés para la comunidad, y cada pregon contaba con un código sonoro que la gente sabía interpretar, ya que su significado se había ido transmitiendo de generación en generación. En definitiva, aquellos mensajes, ya fuesen de contenido religioso, social o de interés diverso, formaban parte de la vida cotidiana de los pueblos, avisando para los diferentes cultos (tales como el rezo del rosario, «la hora santa», «las novenas» o la misa diferente si era la de diario o la misa mayor, con sermón), o también anunciando las fiestas, y por ello eran de carácter alegre y se realizaban mediante un largo volteo de campanas; también había toques de «romería», y de «rogativa» (estos últimos sonaban durante la procesión que se organizaba para bendecir los campos e implorar por la llegada de las beneficiosas lluvias).



Un toque, con cierto trasfondo también de rogativa, magia y esoterismo, era el de «nublo», que se emitía ante la inminente caída de granizo o cualquier tipo de tormenta, sonando con el fin de poder alejar ésta de los campos de la comunidad, pues era cosa muy generalizada la creencia de que la tormenta dañina desaparecería espantada por el sonido de estos instrumentos (en bastantes lugares era habitual que, a la vez que la campana sonara «a nublo», el cura saliese a la puerta de la iglesia para, desde allí, realizar los rituales oportunos; luego, si la tormenta se desataba, a pesar de las previsiones dispuestas, se podía decir que el cura no había esconjurado bien, o también que el campanero no había tocado adecuadamente, o incluso que lo había hecho mal, apostando, como venganza porque estaba escasamente retribuido... en definitiva, siempre había una salida. En muchos lugares se decía que la campana, con su forma de hablar,

decía a la tormenta: «Tente nublo/ tente tu/ que Dios puede/ más que tú/ si eres agua/ ven 'pa cá/ si eres piedra/ vete allá/ siete leguas/ de mi pueblo/ y otras tantas/ más allá/...»

. Si la tormenta no descargaba y se marchaba a los campos de los pueblos de al lado, entonces el problema era, que los de ese otro pueblo culpaban a sus vecinos de haber sido ellos los que les habían enviado los males y, claro, se armaba el lío.

Pero sigamos con este repertorio de toques. Las campanas también sonaban en la etapa del óbito de la persona, y aquí sí que había una gran gama de mensajes: estaba el «toque de agonía», que avisaba de un inminente fallecimiento (por cierto, si lo escuchaba el enfermo pienso que no le resultaría muy agradable su sonido). Luego estaba el «toque de difuntos», que daba a entender que alguien había pasado «a mejor vida»; y era curioso cómo con las campanas se comunicaba incluso si el fallecido era hombre o mujer. También estaban los toques de «señal de entierro» y el de «entierro». Los mensajes de esta etapa del óbito eran, en cualquiera de los casos, pausados, y transmitían tristeza, excepto en el caso del fallecimiento de los párvulos, que como se decía que al morir iban «derechos al cielo», los toques que lo anunciaban eran alegres, con predominio de tañido en la campana más aguda. También de modo continuo doblaban las campanas durante toda la noche del día de difuntos, y su sonido –esa noche– resultaba además de triste un tanto sobrecogedor.

En muchos lugares también se daban otros avisos de cierto interés social, tales como el «toque de conchejo» que convocaba a los vecinos para tomar ciertos acuerdos de esa comunidad, o el «toque de arrebato», que sonaba de manera muy insistente avisando así de una desgracia, inundación o fuego, de modo que el vecindario pudiera ir a socorrer a los afectados. Otro toque era el de «perdidos», y se oía los días de densa niebla, sobre todo al llegar la noche, o cuando se tenía constancia de que alguien se encontraba extraviado en los campos del término, pues de este modo, el tañido de la campana, serviría para orientarle acerca del lugar en el que estaba el pueblo. En otros sitios también se emitía el «toque de dula» que avisaba de la salida del pastor comunitario, y otros servían para avisar del día de mercado, de «llamada a quintos», o de la llegada al pueblo de alguien esperado por la comunidad (como podía ser el «cirujano-sacamuélas»). Así mismo, en muchos lugares de España se emitía, en periodos de guerra, lo que se dio en llamar el «toque de albricias», que sonaba cuando se conseguía una determinada victoria sobre el bando contrario, o



como aviso de la inminente llegada de la aviación enemiga.

Todo el anterior abanico de mensajes sonoros que hemos señalado, es solo una muestra de los toques más generalizados, pero había otros muchos, cosa comprensible si se tiene en cuenta que en otros tiempos eran escasos los medios de comunicación colectiva, como son hoy la prensa escrita, la radio, televisión, o –como en la actualidad– el móvil o Internet, que permiten difundir una noticia en pocos momentos por todo el orbe; por ello, hasta no hace muchas décadas, en cada campanario o pueblo se confiaba esta misión a una persona, que recibía la denominación de «campanero», oficio u ocupación que se transmitía generalmente de padres a hijos, cuyo aprendizaje se hacía con la práctica, requiriendo conocimiento y dedicación, fuerza, habilidad y por qué no, una especial sensibilidad o sentido artístico.

Hoy en día, el amplio repertorio de toques prácticamente ha dejado de existir, perdiéndose de hecho aquel rico lenguaje campanil de antaño, tan lleno de matices, cual discurso musical.

No obstante, a aquellas antiguas campanas de torre, o a aquellas otras de reloj, aún les queda algo de su ancestral protagonismo sonoro, pues aparte de continuar marcando el tiempo, dando señales horarias, aún siguen emitiendo avisos, no sólo en relación con los cultos religiosos sino también anunciando otras noticias de interés para la comunidad, repicando alegremente en ciertas celebraciones festivas, trasmitiendo tristeza en la fase del óbito de la persona, o también clamando, pidiendo justicia y paz (como en aquel julio de 1997, cuando la voz de todos los campanarios de España reclamaron a ETA la libertad para Miguel Ángel Blanco), o simplemente, nos avisan del paso del tiempo en momentos de tanta importancia popular –relativamente, claro– como son las campanadas de fin de año, desde el reloj de «la puerta del sol», que tradicionalmente acompañamos con la toma de las doce uvas, campanadas, por cierto, cuya frecuencia sonora se falsea habitualmente para la ocasión, con el fin de evitar algún que otro atragantamiento colectivo, cosa que ocurrió la nochevieja de 1996, de la cual, al ser retransmitida por televisión, fuimos testigos directos, y casi sufridores.